

Derstal movió la cabeza, y dijo amargamente: —Tienes razón. Me he retardado mucho, y estoy en vísperas de estropear mi carrera si continúo viviendo como lo hago desde hace dos años. ¡Ah Pinchart! ¡Si supieses en qué situación me encuentro!.....

—¿Qué?—dijo el músico. ¿Tienes deudas?

—El producto probable de *La Veneciana* lo he gastado ya.

—¡Y la obra no está todavía terminada! ¡Bien, bien! Vaya un bonito negocio. Entonces, por esto afirman que habías aceptado el compromiso de escribir para la exportación la música de una *Leonora d'Este*, sobre un libreto italiano. ¿Es cierto todo esto?

—Es cierto.

—¡Pobre Derstal! Lavirón no quería creerlo, y Eva ha llorado muchísimo. Pero ni uno ni otra se han atrevido á preguntarte.

—Hace ocho días que no los he visto. En vez de buscarlos, huyo de ellos.

—¡Ah, Dios mío, qué mal haces! Que escribas una *Leonora d'Este* es cosa que me deja bastante tranquilo, porque, al fin, si te lo propones, harás música hermosa á pesar de todo. Pero que te alejes de tu abnegada compañera, de tu rudo y valioso consejero, eso es lo que me aflige. ¿Qué es lo que te han dado esos americanos, en cuya casa, según dicen, pasas tu vida, y en nombre de los cuales has venido á ofrecerme este negocio tan

extraordinario? Hay una mujer en la casa, ¿verdad? ¿No es la madre la que te seduce? No, ésa tiene un hijo que escribe óperas, y esto le asegura por lo menos, una edad de cuarenta y cinco años. ¿Es, pues, entonces la hermana del joven maestro? ¡Ah, Derstal, te enrojeces!.....

—¿Cómo puedes pensar que yo, en la situación en que me encuentro, sea bastante loco para ocuparme de una joven cuya fortuna será inmensa? Pinchart, esas hermosas millonarias están reservadas para los príncipes. No las dan nunca á infelices musicastros como tu amigo.

Pues bien, tanto mejor. Porque veo bien claro lo que el arte perdería con semejante unión, y no acierto á adivinar lo que ganaría el amigo. Permanece libre, Oliverio. No te pongas al cuello un collar de oro, aun cuando tenga diamantes incrustados. Además, no olvides que si las jóvenes *mises* americanas son deseadas por los príncipes, las hermosas y aplaudidas cantantes son apetecidas por los reyes. En este bajo mundo hay muy distintos géneros de realeza. Un banquero que tiraniza la Bolsa, un elegante que impone las modas, un soberano auténtico, un artista adorado por el público, que hace que todas las mujeres se vuelvan á su paso, son rivales muy temibles. No los desprecies demasiado, no les dejes el campo libre, pues ellos desean lo que tu desdeñas, y por fiel y amante que sea una mujer, el despecho, los celos, pueden ejercer sobre sus acciones una influencia

funesta. Ya estás advertido; deja todo tu americanismo y vuelve á nosotros. Ya es tiempo.

Derstal se mordió los labios, bajó los ojos, y como para ahuyentar pensamientos importunos, cogió un cigarrillo, lo encendió y volvió al objeto de su visita.

—Entonces, ¿tú no quieres ordenar las inspiraciones de un hijo de familia que tiene que escribir una *Atala* y no le sale?

—¡Nunca! ¿Asunto de qué ayudaría yo á ese joven tonto, para que haga competencia á verdaderos artistas? Mientras se representara su *Atala*, compositores de mérito se apretarian el vientre á la puerta del teatro. Esto es lo que hay de infame en la intrusión de los aficionados. Como dice el auvernés en la *Rose de Saint-Flour*: «No es porque esté sucio, es porque ocupa sitio.» Además, si he de decir la verdad, no tengo tiempo. Estoy trabajando en la tercera parte de mi obra sinfónica.

—¿*Ariane*?

—Sí, *Ariane*. Hace dos años que trabajo en ella, y estoy acercándome al fin. Ya tengo hechos *Teseo* y el *Laberinto*. Ahora estoy en el *Abandono*.

—¿Estás contento?

—Sí, me parece que no me sale del todo mal. Hay cosas que me gustan: la canción de los marineros del navío que se lleva á Teseo lejos de Creta, mientras Ariane llora en su roca..... Hay un contraste que me parece gustará. Mira, escucha esto, y me darás tu opinión.

Se había sentado al piano y tocaba un preludeo lento, en el que se oía el ruido de los remos en el mar. Después, el grito desesperado de la abandonada, viendo huir á su amante, se oyó lúgubre y desgarrador, mientras que, bogando hacia su patria, los nautas lanzaban al viento sus cantos indiferentes.

Al fin el clamor del mar ahogaba las voces y el llanto, y la charanga del héroe vencedor de Minotauro estallaba potente, anunciando al mundo su hazaña y su triunfo.

Pinchart acabó de tocar, y sin volver la cabeza esperaba el juicio de su ilustre compañero.

Éste se había levantado, y con la cabeza inclinada y el rostro sombrío recorría la habitación á grandes pasos. Se detuvo bruscamente junto al piano, y dijo:

—¡Ah! La música que acabas de hacerme oír me ha convencido mucho más que todas tus palabras. Sí; escuchando esta hermosa página he sentido que en mi corazón mordía el pesar de mis desfallecimientos..... Te he visto á ti trabajando en la pobreza y poniendo toda tu alma en tus obras, mientras yo estaba dispuesto á aceptar la decadencia de las improvisaciones. He enrojecido y he sentido vergüenza. Tú eres quien tiene razón. Lo sacrificas todo á tu arte, y sólo de él esperas tus futuros goces. Es lo que Lavirón no ha dejado de enseñarnos. Lo que yo he hecho durante tantos años y lo que estaba dispuesto á dejar de hacer.

El lujo me ha envenenado. Volvamos á la santa sencillez. ¡Ah, Pinchart! Tú eres un amigo excelente; pero, sobre todo, eres un artista poderosísimo. Lo que acabas de tocar es magnífico.

—¿Te satisface?

—Satisfacerme no es decir lo bastante. Y tú continúas desconocido. Esto es una injusticia que subleva. Es preciso que ejecuten tu obra. Yo se la haré oír á Colonne, y él la tocará. Tú llegarás á la celebridad en un solo día. Es imposible que después de haber oído *Ariane* el mundo musical no te coloque en primer término entre los sinfonistas. Pero ¿qué estoy diciendo? Tú eres un músico de teatro. El drama resplandece en tu obra y rebasa el marco que la encierra. ¡Ah! ¡Qué dichoso debes sentirte después de haber escrito esto!

Pinchart, con el rostro iluminado por la alegría, estrechó las manos de su amigo.

—Si te he devuelto á tí mismo, mi obra habrá obtenido el éxito más grande con que pude soñar. Sólo la emulación que demuestras es para mí el máspreciado de los elogios. Herir el amor propio de un maestro como tú es un triunfo.

—Nada de modestia. Tú eres igual que el mejor. Si fueses un poco intrigante, con el talento que tienes triunfarías en seguida.

Pinchart suspiró.

—Es verdad que no soy muy despejado, ni muy astuto, ni muy entrometido. Me quedo con gusto en mi rincón. Tan mala es mi facha, que en cuanto

tengo que lucirla me pongo enfermo de angustia. Soy zurdo y contrahecho. Un cuerpo hermoso, un rostro expresivo y una lengua bien colocada son muchos triunfos para un hombre que quiere llegar. ¿Me has visto vestido de frac? Parezco un orfeonista. ¿Qué quieres que yo haga en estas condiciones? Los dones exteriores intervienen lo menos una mitad en el triunfo de un hombre. Un brillante no atrae las miradas hasta que está tallado, pulido y montado. Puede permanecer en estado bruto y ser, sin embargo, la joya más preciosa del mundo; nadie se lo figurará. Dirán: «Es una piedra vulgar.» Y la gente se precipita sobre el carbono que brilla, pero que no vale nada.

—Sí, es la amarguísima ley de la vida, que hace que se considere á los hombres, no por lo que son, sino por lo que parecen ser. Es una injusticia que es preciso derribar. Yo te ayudaré.

Con su vivacidad acostumbrada cambió de idea.

—¡Demontre! —dijo alegremente.— Si hubieses hecho una música semejante para el joven Harry Brandón, á buen seguro que habría creído estar soñando, y su padre no hubiera tenido bastante dinero para pagarte.

—Pero dime; ¿por qué ese joven no se pone á trabajar honradamente en su partitura y trata él mismo de escribirla?

—Pues porque es del todo incapaz.

—Entonces, ¿por qué se ha comprometido?

—Pues porque quiere brillar. Veamos, Pinchart.

Tú sabes muy bien que por el mundo hay algunos compositores que jamás han escrito una sola nota de la música que se les ejecuta. Hay en las guardillas pobres diablos que pasan la pena negra para asegurarse su gloria. Todo el mundo lo sabe, y muchas veces ni ellos mismos lo ocultan. Sin embargo, les admiten las obras y se las visten admirablemente. Es el secreto de muchas comanditas..... Y tú, Pinchart, ¿cómo vives?

—Tengo por semana tres ó cuatro buenas lecciones de armonía. Me producen doscientos cincuenta ó trescientos francos al mes. Es todo lo que necesito.

—¿Eres dichoso? Yo tengo un piso de cinco mil francos en la calle Auver, gasto más de treinta mil al año y estoy cosido de deudas.

—Deja todo esto. Vente á vivir á mi casa. Podrás hacer una concesión á la dignidad humana alquilando el cuarto primero. En un año te pondrás á flote, y, si quieres, aún podrás hacer economías. ¿Crees que Eva se sentirá humillada si tiene que venir á verte á la calle Papillon? Ella se reirá del barrio y de la calle, siempre y cuando tú la recibas con alegría. Es verdad que tus bellas madamas quedarán desconcertadas si es preciso que te vengán á buscar al *faubourg* Poissonnière, y en una casa con sastre en el portal. Pues bien: estarás en paz pasándote sin ellas. En este momento ya han hecho todo cuanto eran capaces de hacer por ti. Esas deliciosas cotorras han cacareado

tu nombre por los cuatro rincones de París. Déjalas; coge un cuaderno de papel de música, y no aceptes una sola comida antes de haber terminado *La Veneciana*. Después, dado caso que quieras, y divirtiéndote, y á guisa de pasatiempo, emborróñate una *Leonora d'Este*. Se dirá: «Es un capricho de gran artista», del mismo modo que se dice cuando Saint-Saëns se entretiene escribiendo una gavota. Esto no tendrá ninguna consecuencia, y tú cobrarás del mismo modo. ¿Cuánto te dan por escribir esa italianería?

—Cien mil francos.

—Del mal el menos. Pero ha de ser con la condición que hagas el trabajo cuando te llegue el turno y como si fuese un entremés.

Los dos amigos continuaron hablando, y cuando Derstal se fué llevaba la imaginación rebosante de grandes proyectos. Entró en su casa para almorzar, dió orden de que no estaba para nadie y se encerró en su gabinete de trabajo. Allí tomó de nuevo el libreto de *La Veneciana*, leyó y relejó los dos primeros actos de la partitura, hasta volver á coger el hilo de sus ideas, y casi de un tirón escribió el final de un hermoso dúo, que no había mirado desde hacía dos meses. Su imaginación, reanimada en algunas horas de inspiración ferviente, encontró lo que vanamente había buscado en medio del bullicio de su vida disipada. Al entrar la noche dejó el trabajo, fatigado, pero contento de sí mismo, sintiéndose dueño de su cere-

bro, seguro de su fuerza creadora y capaz de realizar cuantas bellezas había soñado. Aquella tarde fué una de las mejores que desde hacía mucho tiempo había pasado. Se sintió tranquilo, casi regenerado, dispuesto á todos los sacrificios por su arte y deseoso de hacer compartir el goce que le proporcionaba su dichosa inspiración á la que tanto le quería. Se vistió, comió, y á las nueve se dirigió á la Ópera.

Desde que pisó sus umbrales dióse cuenta exacta del perjuicio que su existencia exclusivamente mundana le había causado. El que guardaba la puerta le acogió con su saludo acostumbrado y le dijo en tono de amistoso reproche:

—¡Hace mucho tiempo, querido maestro, que no le habíamos visto!

En la puerta del escenario, el portero de servicio fué todavía más explícito:

—¡Hola, señor Derstal; por fin le vemos á usted! ¡Cuánto va á alegrarse el señor director!

Terminaba el segundo acto de *La Africana*. En el escenario, el maestro de coros, su compañero de Conservatorio, fué hasta él con las manos extendidas:

—¡Hola! ¡Es el señor Derstal en persona! ¿Traes tu partitura en el bolsillo? Ya sabes que la estamos esperando con impaciencia. El director dice que los dos primeros actos son maravillosos.

Derstal acogió sonriente todos aquellos testimonios de afecto. Estrechó las manos que se exten-

dían hacia él, y se dirigió al cuarto de Eva Brillant.

Ésta acababa de quitarse la diadema de plumas de Selika. Á la voz tan querida que preguntaba «¿se puede entrar?», contestó con un grito de alegría, y corrió al encuentro del visitante, siempre esperado. La doncella, que arreglaba los vestidos, desapareció sin decir una palabra. Eva apoyó las manos en los hombros de Oliverio, y sin temor de mancharle de blanco el frac, acercó su hermoso rostro á los labios de su amante, y fijando en él una escrutadora mirada, le dijo:

—Esta noche pareces animado y contento. ¿Sucede algo de particular?

—Sucede que todo el día he trabajado de prisa y bien. He terminado mi gran escena.

En los ojos de Eva brilló la más grande alegría. El solo anuncio de haber reanudado el trabajo la conmovía como una prueba de amor. Mientras Derstal trabajase, le pertenecía, y nadie podía disputárselo, pues á la vez le tenía sujeto por el cerebro y por el corazón. Con mucho cariño le preguntó:

—Entonces, ¿ésta ha sido la causa por que no te he visto durante una semana? Te estabas preparando y.....

Derstal no contestó á la pregunta. Rebosando proyectos, estando entusiasmado aún con su esfuerzo, empezó á darle explicaciones. Eva le escuchaba sonriendo con satisfacción. Las confiden-

cias de Lavirón se olvidaban. Oliverio no había pensado nunca en separarse de ella. Los «firtosos» en el mundo eran las consecuencias forzosas y sin importancia de la celebridad. El contrato con respecto á la obra destinada á América, un chisme de los muchos que se cargan en la cuenta de los artistas por espíritu de venganza. Todo era ilusorio y vano. Lo que no engañaba era su presencia en el *camerino*; lo que no mentía era su entusiasmo por la obra que Eva debía encarnar, y de la que hablaba, por primera vez después de seis meses, con abundancia de palabra y un calor en el que se adivinaba la sobreexcitación del hombre que experimenta la necesidad de entusiasmarse á sí mismo. No obstante, se fué calmando poco á poco, y, más tranquilamente, habló á Eva de sus propósitos de trabajo.

—¿Tú ves?— dijo.— Mi vida aquí es muy disipada. La maldita ligereza de mi carácter me arrastra continuamente. Si cuando estoy trabajando se me ofrece alguna distracción, siempre estoy dispuesto á aprovecharla. Es preciso que me encierre en un rincón en donde no conozca á nadie y en donde no tenga más recurso que trabajar. Necesitaría un lugar recogido, poético, que estuviese de acuerdo con mi inspiración. Me parece que en un sitio así escribiría cosas muy hermosas.... Mira, para terminar *La Veneciana*, tengo ganas de irme á encerrar en Venecia durante dos meses.... En la ciudad misma en que se desarrolla

la acción de mi drama, bajo el mismo cielo en que se mueven mis personajes, yo viviré su vida, y la evocación de sus ternuras y de sus sufrimientos me será fácil.

Eva dijo tristemente:

—¿Te irás, pues, sin mí, que no puedo marcharme? ¿Me dejarás sola?

Con energía, casi con dureza, Derstal contestó:

—Es una necesidad para mí. Aquí todos mis buenos propósitos fracasan. Me pierdo en una ociosidad elegante; vivo como un hombre de mundo.... ¡Qué horror! ¿He sido formado para embrutecerme entre tantos inútiles? Sé muy bien que vas á decirme lo mismo que Pinchart: «Aíslate.» Pues bien; es más fuerte que yo. No puedo. Tú ves el género de vida que arrastro desde hace un año. Es la muerte para mi cerebro. Hay momentos en que llego á pensar como los mundanos cuyo trato frecuento. Si no recobro mi libertad y me arranco de este ambiente opresor, estoy perdido. Lo presiento. En este momento tengo un renacimiento de energía, y es preciso que lo aproveche para libertarme. Si espero, será demasiado tarde.

—¿Es, pues, necesario poner tantos obstáculos entre la tentación y tú? ¿No hay un medio mucho más poderoso que los otros? La voluntad.

—La voluntad es la que me hace traición. Me siento animado de las mejores intenciones, y me

dejo arrastrar con una facilidad que deploro. Lejos de afrontar el peligro, quiero evitarlo. Esto no es heroico, pero es prudente. Y tú misma creo que debías aconsejarme.....

Eva movió su hermosa cabeza, y dijo tristemente:

—Sí, te comprendo muy bien; pero privarme de ti me parece tan duro, que me asusto al pensar lo que sucedería si te llegase á perder. No verte durante una parte del invierno porque estés en Venecia ó porque me abandones para lucirte en el mundo, ¿no viene á ser lo mismo? Si estás en Venecia, yo saldré ganando, puesto que acabarás tu partitura; pero, ¿estás seguro de que la concluirás? Si tienes ganas de pasar el tiempo, las mismas ocasiones has de encontrar en Italia que en Francia, y las hermosas damas de Venecia te acapararán del mismo modo que las hermosas damas de París. Yo no soy celosa ni tengo la pretensión de sujetarte á mí sin que trates de evitarlo. Te aburrirías demasiado, pues sé muy bien que un espíritu como el tuyo hay que alimentarle con novedades. Si tuviese la seguridad de que al volver traías *La Veneciana* terminada, podría decidirme por el sacrificio de verte marchar. Pero si te vas á Italia, ¿no es para trabajar en la partitura de *Leonora d'Este*?

A esta pregunta precisa, Derstal enrojció, y dijo con vivacidad:

—No; te doy mi palabra.

Eva le miró gravemente.

—En todo caso no desmientes que debas escribirla.

—Nada he firmado todavía.

—Pero, ¿has dado tu palabra?

—Puedo recogerla.

—¿Has recibido dinero?

Derstal no fué dueño de contener un gesto de cólera.

—Pues bien, sí; hé aquí lo que tanto me preocupa. Ya ves que es preciso que me marche. Aquí me hundo más y más de día en día. He vivido como si hubiese tenido rentas, y no tengo más que derechos de autor. Si quiero recobrar mi libertad, es preciso que me entierre en un agujero en donde no gaste nada y en donde trabaje sin descanso. Es la vida que tan alegremente observaba antes de estrenar *Erin*. Durante este tiempo el agua volverá á mi molino, haré frente á mis compromisos, reembolsaré lo que tengo adelantado y podré de nuevo ser dueño de mí mismo.

—Entonces vete.

La cogió entre sus brazos, y estrechándola contra su corazón, la dijo con entusiasmo:

—¡Ah! Veo que me quieres verdaderamente, y que tu afecto no puede ser más desinteresado.

Eva enjugó una lágrima.

—No lo olvides nunca.

El avisador pasó por el pasillo gritando:

—Va á empezar el cuarto acto.